

Masculinidades espectrales: Una lectura de *La hojarasca* de Gabriel García Márquez

Enrique Trujillo Gamboa¹

Resumen: El artículo propone una lectura de *La hojarasca*, primera novela publicada por Gabriel García Márquez (en 1955), desde una perspectiva que busca cuestionar la construcción hegemónica de la masculinidad y de lo masculino en América latina. Plantea que, a través de unos personajes que evidencian una masculinidad fracturada, ambigua, en crisis, García Márquez advierte y cuestiona el machismo latinoamericano y su intrínseca relación con el poder.

Palabras clave: García Márquez, *La hojarasca*, masculinidad, machismo.

Nada en este mundo debe ser más tremendo que los escombros de un hombre.
Gabriel García Márquez

El imaginario popular ha asignado tradicionalmente a los hombres de América latina una enorme carga de machismo que podríamos sintetizar en algunos tópicos o características estereotipadas más o menos frecuentes: fuerte tendencia a la violencia física (a menudo ejercida contra la mujer), marcada ambición por desempeñar roles que impliquen ostentación de poder real o simbólico, cierta incapacidad para expresar sentimientos, personalidad desafiante y terca, evidente autoritarismo, *obligada* heterosexualidad y homofobia, infatigable vocación para la conquista y la promiscuidad sexual, carácter celoso y posesivo, entre muchas otras similares. Fiel a la realidad o no, esta construcción del *macho* incansable, pendenciero, mujeriego por definición, sigue perpetuándose en canciones populares, personajes icónicos, telenovelas y muchas otras manifestaciones de la vida social y cultural del continente.

Basta echar una mirada a muchos de los personajes que han forjado la historia latinoamericana para darnos cuenta de que el artificio de una supuesta masculinidad inquebrantable ha permeado hasta altísimos niveles nuestra cultura. Desde Simón Bolívar hasta Hugo Chávez, pasando por Ernesto Guevara, Emiliano Zapata, Rafael Correa,

Mario Vargas Llosa, Pedro Infante, Carlos Ménem, Julio Jaramillo, Álvaro Uribe Vélez y, por supuesto, Fidel Castro, quienes en su mayoría han ejercido algún tipo de liderazgo o influjo histórico y/o cultural en nuestras tierras, encajan a la perfección por lo menos con un par de las características arriba mencionadas y, para bien o para mal (la mayoría de las veces para mal, desde la perspectiva de quien escribe) son estas parte constitutiva de lo que podríamos denominar, más discutiblemente en algunos casos que en otros, su *carisma*.

Los estudios de la sociología y la antropología cultural tienden, de hecho, a ratificar con datos y argumentos la presencia de este imaginario sobre el *macho latinoamericano*. En el primer capítulo del libro *Varones latinoamericanos: Estudios sobre sexualidad y reproducción*, de Carlos Cáceres, Ximena Salazar, Ana María Rosasco y Percy Fernández, en referencia a un trabajo del sociólogo Oswaldo Montoya sobre la violencia masculina en las relaciones de pareja, afirman que: "Para los países latinoamericanos, [pueden establecerse] cuatro atributos que formarían parte de la masculinidad: la heterosexualidad obligatoria, el ejercicio de una ocupación remunerada, ser adulto, y ser agresivo y capaz de ejercer la violencia" (Cáceres y Salazar 2005, 27).

¹ Estudiante del Programa de Maestría en Estudios de la Cultura, con mención en Literatura Hispanoamericana (2013-2015), de la UASB-E. Licenciado en Lingüística y Literatura de la Universidad Francisco José de Caldas, y Especialista en Docencia del Español de la Universidad Pedagógica Nacional, ambas en Bogotá. Correo electrónico: <labicicletadeleonardo@hotmail.com>.

Quizá, justamente por estar tan arraigada esta idea de masculinidad en América latina, tal vez ahora un poco menos que a mediados del siglo XX, resulta aún más interesante la exploración que realiza Gabriel García Márquez a unas masculinidades llenas de ambigüedades, como son las de los personajes de su primera novela *La hojarasca* de 1955, escrita cuando el aprendiz de escritor no llegaba siquiera a los treinta años.

¿Qué historia se cuenta en *La hojarasca*? Resulta difícil responder a esa pregunta, como resulta difícil definir claramente el significado del título de la novela. *La hojarasca* deviene una metáfora de los vaivenes de la experiencia humana en un pueblo de América latina, Macondo ciertamente, sujeto a la explotación, las violencias y el posterior abandono por parte de las grandes compañías de la producción industrializada de alimentos. *La hojarasca*, usando el recurso de las diferentes perspectivas y voces, nos cuenta la historia de una traición que el pueblo se niega a perdonar y olvidar. La historia de un personaje que no tiene más remedio para acabar con la soledad que ha sido su sino, que colgarse con la misma cuerda que soportaba la hamaca donde dormía. También es la historia de un hombre, el Coronel, que está dispuesto a enfrentar lo que sea para cumplir la petición de quien alguna vez le salvó la vida. Además, *La hojarasca* es la historia de lo que queda de un pueblo, de un país, después de que las guerras y las industrias de explotación le han arrancado la vida y la esperanza.

A continuación, desglosaremos algunos de los personajes más representativos de la novela, para argumentar por qué se afirma que las masculinidades presentes en esta temprana obra de uno de los escritores más importantes de Latinoamérica están plagadas de ambigüedades y tensiones:

El niño, el homoerotismo insinuado

Uno de los tres narradores de la novela es justamente *el niño*, quien junto a su madre, Isabel, y a su abuelo, el Coronel, asiste a la velación del cuerpo del médico forastero y nos hace partícipes de lo que ve allí en esa habitación oscura, además de lo que recuerda e imagina. Está ahí porque le han dicho que esté, se lo han ordenado, se ha puesto el traje formal que le han indicado, no ha toma-

do decisiones. Desde la perspectiva de Cáceres y Salazar acerca de las cuatro características de la masculinidad latinoamericana que citábamos al inicio de este trabajo, el niño, precisamente por serlo, por no ser un adulto, no ejerce plenamente su masculinidad, no es un "hombre". Sin embargo, el hecho de que sea precisamente él, uno de los narradores en *La hojarasca*, crea una tensión inquietante que nos invita, a partir de la insinuación de sus emociones homoeróticas, a preguntarnos si no es precisamente a través de él que García Márquez nos está sugiriendo cuestionar la construcción predominante de la masculinidad latinoamericana.

El niño, desde la perspectiva de sus casi once años, nos pone frente a uno de los espectros más temidos para la masculinidad hegemónica: la posibilidad de la atracción homosexual. Narra el niño, pensando en su amigo Abraham:

Toda la noche estuve pensando en que hoy volveríamos a salir de la escuela y que iríamos al río, pero no con Gilberto y Tobías. Quiero ir solo con Abraham, para verle el brillo del vientre cuando se zambulle y vuelve a surgir como un pez metálico. Toda la noche he deseado regresar con él, solo por la oscuridad del túnel verde, para rozarle el muslo cuando caminemos. Siempre que lo hago siento como si alguien me mordiera con unos mordiscos suaves, que me erizan la piel. (García Márquez 1981, 65)

El niño, con su manera de estar sin estar, con su relato que aparentemente se desvía de la trama principal de la novela, constituye a la vez un hallazgo y un enigma literario, un enigma que, solo por estar ahí sentado, con sus zapatos justos y su traje de pana incómodo, erosiona en más de un sentido la idea predominante, o comúnmente aceptada de masculinidad.

El médico, el hombre cansado de ser hombre

El personaje clave, el más inquietante y ambiguo de toda la narración es justamente el médico. Resulta tan espectral que ni siquiera conocemos su nombre, ni su origen ni su historia de soledades y derrotas que lo han llevado hasta Macondo. Sabemos que alguna vez le salvó la vida al coronel y que por ello, este le prometió hacerse cargo de

darle sepultura, llegado el momento. Justamente por su carácter fantasmal, el médico parece contradecir muchas de las características asignadas al mundo de lo masculino. Es *el Otro*, el forastero, el solitario, el que con nada o casi nada se conforma (apenas come hierba, de la misma que alimenta a los animales), el que podría ser el padre de una criatura pero no sabemos plenamente si lo es, el que podría ser útil, quizá hasta podría ser un héroe, un salvador del pueblo, aspiración varonil por excelencia, pero se niega a serlo. Ni siquiera sabemos por qué resulta tan pusilánime, tan poca cosa, tan detestable y, quizá por lo mismo, tan entrañable.

Si, de acuerdo con el estudio citado, el ejercicio de una profesión remunerada constituye un atributo fundamental para la masculinidad en América Latina, podemos afirmar que el médico renuncia a su masculinidad, o que esta le es arrebatada por la hojarasca, pues se sabe que en un principio ejerce su oficio, que luego lo abandona, en medio de la escasez y zozobra que se toman Macondo. Se nos cuenta que el médico posee una mirada lujuriosa y rapaz con la que picotea los cuerpos de las mujeres; pero realmente incluso este atributo de *macho* es susceptible de ser puesto en entredicho ya que no podemos relacionarlo eróticamente con nadie. Meme, su concubina y, posiblemente, la madre de su hijo no tarda en abandonarlo. En realidad, para el lector de *La hojarasca*, es claro que mucho antes de que se anude la soga al cuello, el médico se ha abandonado a sí mismo. En palabras del Coronel:

Se le oía moverse en el cuarto con una atormentada y enloquecedora insistencia, igual que si en esas noches lo recibiera en el cuarto el fantasma del hombre que había sido hasta entonces, y ambos, el hombre pasado y el hombre presente se empeñaran en una sorda batalla en la cual el pasado defendía su rabiosa soledad, su invulnerable aplomo, sus personalismos intransigentes; y el presente, su terrible e inmodificable voluntad de liberarse de su propio hombre anterior. Yo lo oía dar vueltas en el cuarto hasta la madrugada, hasta cuando su propia fatiga agotaba la fuerza de su adversario invisible. (García Márquez 1981, 94)

Un hombre que ha dejado de ser hombre para ser un fantasma, un extranjero en todas partes, una sombra. El personaje garciamarquiano resquebraja,

con su negativa a existir, incluso con su manera de morir, suicidándose, la construcción tradicional y predominante de masculinidad latinoamericana.

Martín, la ausencia y la sombra de la duda

Un personaje masculino que en sí mismo es casi una ausencia ya permitiría poner entre comillas el tratamiento dado a la masculinidad en la novela de García Márquez. Ese es Martín, esposo de Isabel y padre de *El niño*, posiblemente un vividor, un estafador que se casa con la hija del coronel solo para que este le firme algunos papeles con los cuales pueda hacer negocios. Desde el punto de vista de la mirada tradicional a la masculinidad, Martín es un remedo de hombre, un esposo que no trabaja, que no está, un padre que abandona, un lugar vacío en la cama, un hueco en la vida de su mujer.

El carácter ambiguo del personaje es subrayado por Genoveva García, amiga dicharachera, franca y festiva de Isabel, que en cierta ocasión le enuncia la *flojera* de Martín, cosa que además sirve para sugerir su homosexualidad y, por extensión, la de su hijo (*El niño*). Narra Isabel, recordando la charla con Genoveva:

se quedó mirando al niño con atención. Dijo: “¿Y qué hubo del brujo de los cuatro botones?” Y yo le respondí, a secas, porque sabía que ella lo sabía: “Se fue”. Y Genoveva dijo: “¿Y no te dejó más que este?”. Y yo le dije que sí, que solo me había dejado al niño. Genoveva rió con una risa descosida y vulgar: ‘Se necesita ser bien flojo para no hacer sino un hijo en cinco años’ (...) Fue antes de despedirse cuando Genoveva se quedó contemplando al niño y dijo: “De verdad que es idéntico a él. No le falta sino el saco de cuatro botones”. Y desde ese instante el niño empezó a parecerme igual a su padre, como si Genoveva le hubiera traído el maleficio de su identidad. (García Márquez 1981, 139)

Es muy significativo que sea Genoveva, una encarnación estereotipada de los usuales atributos femeninos de la *hembra* caribeña, fértil, sensual y atrevida, la encargada de enfatizar la ambigüedad de la masculinidad de Martín y de paso, la de su hijo. Es imposible no citar el sonoro calambur, el revelador juego de palabras con el que alguna vez la misma Genoveva se refiere a Martín: “—¡Mafarificafá! Se le va a pudrir encima ese saco

de cuatro botones" (García Márquez 1981, 92). La palabra formada por las sílabas subrayadas siembra toda clase de dudas, o, mejor dicho, no deja lugar a dudas.

Así, podríamos referirnos también a la figura del coronel como la del héroe cansado, estoico, que justamente por conocer muy de cerca la guerra ha perdido cualquier deseo de combate. La del héroe que ya no quiere ser héroe, sino simplemente un ser humano. Un coronel desarmado, intentando mantener algo de dignidad en un pueblo que hace tiempo perdió la vida, ¿qué mejor imagen de una masculinidad resquebrajada? Neruda en su poema *Walking around* escribió un verso tan hermoso como plurisignificativo, que encaja bien en el espíritu de estas líneas: "sucede que me canso de ser hombre...".

La literatura latinoamericana ha reflejado de múltiples formas las vicisitudes de un continente con una historia tan apasionante como atroz. La literatura, también ha servido para plantear algunas preguntas, preguntas que muchas veces siguen sin responderse, como las que sugiere esta lectura parcial de *La hojarasca*: ¿qué significa ser un hombre?, ¿cómo cargar con el peso de la masculinidad en nuestro entorno cultural?, ¿cómo crear otras maneras, menos violentas y opresoras, de llegar a serlo?

Quizá, el propio personaje del coronel, ofrezca algunas claves de respuesta. Él, que simplemente da sin pedir nada a cambio, como cuando aloja en su casa, durante varios años, al médico forastero sin solicitar retribución alguna; él que es un guerrero cuya batalla está más del lado de la vida que de la muerte; él, que sabe que la guerra y la violencia convierten a los hombres en fantasmas; él, capaz de asumir sus contradicciones y ambigüedades en lugar de desterrarlas; él, que de alguna manera intuye que las maneras tradicionales de ser hombre redundan en violencias atroces contra el propio hombre (Kaufman 1989); él, por último, capaz de querer, incluso al más detestable de los hombres y de ponerse en su lugar:

De pronto, al paso de un ala blanca, lo vi con la cabeza triste y sola ladeada sobre el hombro izquierdo. Me acordé de su vida, de su soledad, de sus espantosos disturbios espirituales. Me acordé de la indiferencia atormentada con que asistía al espectáculo de la vida. Antes me había sentido vinculado a él por sentimientos complejos, en ocasiones contradictorios y tan variables como su personalidad. Pero en aquel instante no tuve la menor duda de que había empezado a quererlo entrañablemente. Creí descubrir en mi interior esa misteriosa fuerza que desde el primer momento me indujo a protegerlo y sentí en carne viva el dolor de su cuartito sofocante y oscuro. (García Márquez 1982, 110)

Dicen que los grandes libros son aquellos capaces de propiciar siempre nuevas miradas y lecturas, de actualizarse con el paso del tiempo. Quizá, desde esa perspectiva, la primera novela de Gabriel García Márquez, escrita a mediados del siglo pasado, tenga aún mucho que decirnos a los latinoamericanos del siglo XXI.

Lista de referencias

- Cáceres, Carlos F., Ximena Salazar, Ana María Rosasco y Percy Fernández. 2005. "Ser hombre en el Perú: La infidelidad, la violencia y la homofobia en la experiencia masculina en cinco ámbitos del Perú contemporáneo". En Edith Alejandra Pantelides y Elsa López, comp., *Varones latinoamericanos: Estudios sobre sexualidad y reproducción*, 27-46. Buenos Aires: Paidós.
- García Márquez, Gabriel. 1981 [1955]. *La hojarasca*. Barcelona: Bruguera.
- Kaufman, Michael. 1989. *Hombres: Placer, poder y cambio*. Santo Domingo: Centro de Investigación para la Acción Femenina.
- Montoya Tellería, Oswaldo. 1998. *Nadando contra corriente: Buscando pistas para prevenir la violencia masculina en las relaciones de pareja*. Managua: Puntos de Encuentro.
- Neruda, Pablo. 2010. *Antología general. Edición conmemorativa*. Madrid: Real Academia Española / Asociación de Academias de la Lengua Española / Alfaguara.
- Petit, Michele. 2001. *Lecturas: Del espacio íntimo al espacio público*. México DF: Fondo de Cultura Económica (FCE).